

Capítulo 1

5 de abril de 1814

Londres, Tribunal Old Bailey

Preside el honorable Tobías Townsend

No son putas!

—¿Si no es un burdel, cómo llamaría a una casa donde viven siete mujeres? —preguntó el fiscal Abrams dando unas zancadas.

—Son mis amigas —explicó Slip Dawson.

—¿Las siete?

—Mi madre siempre dijo que yo tenía muy buena mano con las mujeres —replicó Slip.

—¿Le dijo entonces su madre que compartiera libremente a sus mujeres con todos los hombres del centro financiero de Londres? —le preguntó Abrams bruscamente, lanzando al acusado una mirada pétrea.

Un imponente abogado de la mesa de la defensa se puso de pie de un salto:

—Protesto, señor. La acusación no ha traído a ningún hombre del «centro financiero de Londres» que testifique haberse acostado con alguna de las damas amigas del señor Dawson.

El juez suspiró y apoyó la barbilla en la mano con expresión de absoluto aburrimiento. Cuatro de los doce miembros del jurado pusieron los ojos en blanco; los otros rieron por lo bajo.

Evelyn Darlington estaba sentada al borde de un banco de madera en el centro de la tribuna de espectadores. Sus ojos no se apartaban del abogado de la defensa, Jack Harding, que era el único hombre de la sala que conocía. Él era la razón por la que estaba

allí, siendo testigo de ese espectáculo junto al resto del público que atestaba el tribunal.

El sol del atardecer se filtraba por las ventanas elevando veinte grados la temperatura de la atiborrada sala. Tantos cuerpos sin lavar en un espacio tan pequeño normalmente deberían haberla repelido.

En cambio permanecía en su asiento completamente cautivada.

Jack Harding era exactamente como lo recordaba, y sólo unas pocas arrugas alrededor de sus ojos delataban los años que habían pasado desde la última vez que lo viera. Era alto, de más de un metro noventa, y sus rasgos cincelados le conferían un perfil anguloso y seguro. El verde profundo de sus ojos le recordaba al de los helechos que crecían en los meses de verano. Sus labios se curvaban formando una sonrisa, pero ella sabía que podían ser maliciosos o encantadores, o ambas cosas.

Sabía también que bajo la peluca de abogado, su espeso cabello castaño tenía un mechón rebelde que a menudo echaba hacia un lado con impaciencia cuando se concentraba en un texto legal. Llevaba una toga negra de abogado que a cualquier hombre hacía que la tez le adquiriera un tono cetrino, pero en su caso realzaba su piel bronceada.

Pero quizá su atractivo más fascinante era su actitud completamente relajada, como si no le perturbara ni el juez, ni el jurado, ni el fiscal, y ni siquiera el público del tribunal que lo miraba fijamente. Tenía tal confianza en sí mismo que la gente se quedaba absorta con cada palabra que salía de sus labios. Sin duda, Jack Harding tenía muchas mujeres de todas las clases sociales revoloteando a su alrededor.

Un resoplido a su lado le llamó la atención.

— Los tiene cogidos por el pescuezo.

Evelyn se volvió para mirar al hombre que tenía sentado a su izquierda, un tipo rechoncho con ojos redondos y brillantes, y papada carnosa. De su piel emanaba un poderoso hedor a cebolla. Al sonreír revelaba que no tenía dientes y que sus encías estaban hinchadas.

Ella se movió unos centímetros a la derecha rozándose con una mujer corpulenta con un mandil machado de sangre, arremangada

por encima de los codos, y con las manos gastadas por el trabajo. Sin duda era la esposa de un carnicero.

—Va a pasar mucho tiempo antes de que el viejo Abrams se rinda —se rio la mujer y se restregó los callos de las manos—. Nadie puede con este Jack Harding.

«Igual que en los viejos tiempos —pensó Evelyn—. Jack Harding puede estar seduciendo a una monja, y al mismo tiempo argumentar sutilmente los más complicados asuntos legales.»

Ésa era la razón por la que ella estaba allí, observándolo... y esperándolo. Parecía como si los años hubieran pulido muy bien su talento en bruto.

El resto del juicio continuó como estaba previsto. El fiscal Abrams discutió sobre el entorno de mujeres que convivían con Slip Dawson. Jack respondió a cada argumento señalando que la fiscalía tenía una evidente falta de pruebas, y además una serie de testigos dieron testimonio del carácter «estelar» de Slip, y de su buena posición frente a la comunidad.

Exactamente once minutos y medio después del comienzo del juicio, el juez se aclaró la garganta interrumpiendo al fiscal Abrams en mitad de una frase:

—Habiéndose presentado todas las pruebas relevantes —dijo el juez Tobías—, pido al jurado que delibere sobre las acusaciones y presente un veredicto.

El jurado, que no se molestó en abandonar la sala, se reunió en un rincón.

En lo que debió de ser un tiempo récord, el presidente del jurado se levantó, y su pecho con forma de barril se hinchó con prepotencia.

—Nosotros, el jurado, consideramos que Slip Dawson no es culpable de tener un burdel.

Los presentes estallaron en vítores convirtiendo el tribunal en un caos. Estiraban los brazos para dar a Slip Dawson cordiales palmadas en la espalda mientras salía de la sala como un hombre libre.

El golpe del mazo del juez Tobias sonó muy lejano, y la gente lo ignoró por completo.

Evelyn observó a Slip pasar con una sonrisa torcida, y se preguntó cuántos de los que estaban ahí eran clientes de sus «amigas».

Volvió la mirada hacia Jack Harding.

Jack extendió la mano a Abrams. El fiscal parecía como si hubiera chupado un limón, enfurruñado por su derrota, pero aun así le estrechó la mano. Luego Jack se agachó para recoger sus papeles y la cartera de pleitos que tenía sobre la mesa.

Ella esperó hasta que se dio la vuelta para salir del tribunal, y se dirigió al pasillo.

— Señor Harding — lo llamó.

Él se detuvo abruptamente, le observó la cara, y enseguida dirigió la vista a su figura, antes de volver a mirarla a los ojos. Sus labios se curvaron dando lugar a una sonrisa.

— Creo que usted tiene la ventaja de conocer mi nombre. En qué la puedo ayudar, señorita...

— Lady Evelyn Darlington.

Frunció el ceño con aire confundido y enseguida abrió los ojos de par en par.

— ¡Cómo, lady Evelyn Darlington! No me lo puedo creer. Usted era una niña la última vez que la vi. Ha pasado mucho, mucho tiempo.

— Han pasado diez años desde que usted fue alumno de mi padre para convertirse en jurista del Colegio de Abogados.

— Ah, sí, la época de mi pasantía. Recuerdo que usted siempre tuvo una enorme afición por el derecho. A menudo asistía a las clases de su padre, y también a sus conferencias. Tengo vívidos recuerdos de usted persiguiéndome y burlándose de mí con su enorme conocimiento de las leyes.

Sus mejillas se sonrojaron al escucharlo.

— Por lo que recuerdo, usted necesitaba esas tutorías adicionales.

Él se rió de manera sonora y agradable.

— Tocado, lady Evelyn. Probablemente, sí. Ahora, por favor, dígame, ¿ha venido a ver los juicios? Mucha gente lo hace.

Ella negó con la cabeza, y luego alzó la vista para mirarlo a los ojos.

— He venido a contratar sus servicios.

— ¿Mis servicios? Nadie necesita mis «servicios» a menos que tenga un problema. No la puedo imaginar a usted metida en un lío.

— De pronto frunció el ceño—. Lo último que supe es que su padre, Emmanuel Darlington, heredó el título de su hermano y aho-

ra es conde de Lyndale. Entiendo que actualmente está enseñado en Oxford. ¿Se encuentra bien?

—No se trata de mi padre, sino de un amigo muy cercano.

—Ah, ya veo. ¿Qué delito ha cometido su amigo?

—¡Ninguno! Ha sido acusado falsamente.

—Perdón, lady Evelyn —dijo—. No quería ofenderla. ¿De qué delito está acusado?

Ella miró hacia ambos lados moviendo los ojos nerviosamente, y entonces susurró:

—De asesinato.

Él arqueó una ceja.

—Un delito muy serio, seguro. ¿Quién es?

Ella respiró hondo armándose de valor.

—Quien pronto será mi prometido.

Él se puso visiblemente rígido, y una sombra atravesó su rostro.

—Lo siento mucho, lady Evelyn, pero mi lista de causas pendientes está completa. Los juicios por asesinato requieren de mucho tiempo para investigar y prepararlo todo adecuadamente. Sería negligente por mi parte si tan sólo considerara la posibilidad de representar a su amigo.

Ella se sintió invadida por un pánico repentino.

—Pero usted debe hacerlo. Si no lo hace como un servicio a un hombre inocente falsamente acusado, hágalo como un favor a la muchacha que conoció una vez.

—La puedo referir a un buen número de abogados criminalistas muy competentes. No soy el único...

—Entonces como un favor a mi padre, su antiguo maestro y tutor.

Él dudó, y ella supo que le había tocado una fibra. Su padre era un magistrado del Colegio de Abogados venerado por muchos estudiantes, y sabía que Jack no era una excepción. Por lo que recordaba, Jack Harding debía a lord Lyndale incluso más que la mayoría de sus alumnos.

Él cambió los papeles de mano y después asintió.

—No le puedo prometer nada, comprenda, pero tal vez sería mejor mantener esta conversación en otro lugar.

Ella se sintió aliviada al ver que por lo menos estaba dispuesto a seguir hablando del asunto.

—Claro, por supuesto.

Él la cogió por un codo y la dirigió fuera de la sala del tribunal. Mientras cruzaban los salones del Old Bailey, ella era consciente de la alta complexión de su acompañante, y de sus firmes dedos sujetos a su manga. Levantó la vista hacia las definidas líneas de su rostro, y le sorprendió nuevamente su aire de autoridad. En la arena legal, irradiaba una fuerza que atraía su mirada, y no podía apartarla de él.

Jack disminuyó el paso para que ella mantuviera su ritmo, y un grupo de abogados los saludaron al pasar. Una mujer voluptuosa con un corpiño escandalosamente corto y una flor amarilla entre los pechos, saludó a Jack desenfadadamente.

Evelyn no pudo evitar preguntarse si era una de las «amigas» de Slip Dawson.

—Es usted muy popular, señor Harding —dijo Evelyn.

—Soy conocido como el abogado del pueblo.

—¿A costa del fiscal de la corona?

Aparentemente le volvió el buen humor, y sus ojos se iluminaron risueños al mirarla.

—No me juzgue con demasiada dureza, lady Evelyn. Me parece que precisamente mi reputación es el motivo por el que usted ha venido hoy a buscarme.

Tenía razón, claro. Ella había estado investigando. Ningún otro abogado, en las dos jurisdicciones que cubrían el Old Bailey, el centro financiero de Londres o el condado de Middlesex, tenía más éxito como criminalista que Jack Harding.

—Tiene razón —dijo ella—. Le mentiría si le dijera que no he seguido sus éxitos a lo largo de los años. Nunca hubiera imaginado que iba a requerir de sus servicios con tanta urgencia.

Y necesitaba su ayuda desesperadamente. Una vida estaba en juego. Por esa razón se negaba a aceptar un no por respuesta. Debía convencer a Jack Harding para que aceptara el caso, no importaba el coste.

Capítulo 2

Jack avanzó por el amplio vestíbulo, y después de pasar varias salas de justicia se detuvo ante una puerta con una placa de latón rotulado que decía CONSULTAS DE CLIENTES. Cogió el picaporte, abrió la puerta e hizo una señal a Evelyn para que entrara.

Al dejarla pasar recorrió nuevamente su cuerpo con la mirada. Se había quedado sorprendido al enterarse de que la hermosa mujer que estaba en medio de la tribuna de espectadores, era lady Evelyn Darlington, la hija de su maestro de leyes cuando él era un simple estudiante que se esforzaba por convertirse en abogado. Había cambiado mucho durante los últimos diez años, desde la última vez que la viera enfrascada en los papeles de su padre. Por entonces no era más que una niña de casi doce años, y ahora era una mujer completamente adulta.

Llevaba su cabello dorado recogido en un elegante tocado que le coronaba la cabeza. Unos pocos mechones se le habían soltado de las horquillas, y acariciaban la delgada columna de su garganta. Sus huesos faciales habían sido esculpidos delicadamente, y sus labios eran tentadoramente carnosos. Pero lo que realmente le impresionó fueron sus ojos color turquesa, del tono de los océanos tropicales, exóticamente rasgados y bordeados por unas espesas pestañas.

No era tan alta como él prefería a las mujeres, pero a pesar del recatado vestido azul que llevaba, cualquier hombre podía adivinar sus generosas curvas.

Ella recorrió la habitación, y observó todo lo que había a su alrededor con los ojos muy abiertos e interesados: un pequeño es-

critorio en el rincón, sillas de madera alineadas por todo el perímetro de la sala, y una estantería con varios libros de leyes muy usados. Y a él le sorprendió darse cuenta de que Evelyn Darlington se había convertido en una mujer hermosa, pero su aura intelectual seguía siendo la misma. Parecía muy seria e inconsciente de su belleza, y del efecto que tenía en los hombres.

Jack cerró la puerta, avanzó a grandes zancadas, y dejó su cartera y los papeles que llevaba encima del escritorio.

Ella abrió los ojos aún más ante la gruesa pila de documentos legales.

—Es una maravilla que se las pueda arreglar con un montón tan voluminoso de papeles. ¿Todos pertenecen al caso del señor Dawson?

Él se rio por la sincera fascinación de su voz.

—En absoluto. No le estaba mintiendo cuando le dije que mi lista de pleitos pendientes estaba completa. A decir verdad, a su amigo le vendría mejor tener a otro abogado. Nos acabamos de cruzar con varios de ellos que son muy competentes. La puedo acompañar hoy mismo ante cualquiera que elija, y pedirle que ponga la mayor atención en el caso.

—No —dijo ella rápidamente—. Ningún otro lo hará. Usted no ha perdido ningún juicio últimamente.

Él la miró intensamente ante su reconocimiento.

—Me halaga que piense tan bien de mí, y que haya seguido mi carrera, pero la verdad es que nunca imaginé que me buscaría para contratarme. ¿Sabe lord Lyndale que usted está aquí?

Ella bajó los párpados.

—No, no le he contado a mi padre mi intención de contratarlo.

—No aprueba la elección de su prometido, ¿verdad?

Ella dudó un instante antes de responder.

—Eso no es relevante.

—Ah, eso significa que no.

Su instante de duda había sido muy elocuente, como cuando un testigo se detiene unos segundos críticos antes de dar su respuesta en el estrado. Eso normalmente significaba que iba a mentir, o en el caso de Evelyn, que estaba omitiendo algo importante.

Le hizo un gesto para que se sentara en una de las sillas que había delante del escritorio. Él ignoró la silla que había detrás del escritorio, y ocupó una de las que estaban junto a ella.

Inclinándose hacia delante dijo:

—Cuéntemelo todo.

Ella respiró hondo y sus pechos se rozaron contra la tela del corpiño.

—El señor Randolph Sheldon, quien pronto será mi prometido, es sospechoso de haber asesinado a una actriz del teatro de Drury Lane.

—¿Una actriz? ¿Era su amante?

Sus mejillas se pusieron rojas como tomates.

—¡No! Era una prima lejana.

—¿Por qué se sospecha de él?

—Fue visto escapando por la ventana de su dormitorio.

—Déjeme adivinar. ¿Su cuerpo fue encontrado en el dormitorio?

Ella se movió en la silla y se retorció las manos encima de su regazo.

—Sí. Ella tenía que darle algo.

Él ignoró su evidente incomodidad y continuó preguntando:

—¿Cómo la mataron?

—Fue... apuñalada, y sólo iba vestida con el camisón.

—¿Quién la descubrió?

—La vecina escuchó gritos y llamó a la policía. Los testigos dicen que vieron a Randolph saltando por la ventana.

—Eso es una prueba suficiente como para estar preocupados —dijo Jack—. La fiscalía seguramente intentará acusarlo.

Evelyn levantó levemente la barbilla.

—¡Pero es inocente! Conozco a Randolph desde hace años. Nuestras familias eran vecinas en nuestras propiedades de campo en Hertfordshire. A menudo solíamos pasear juntos en verano.

—Sigo pensando que lo mejor es que el señor Sheldon sea representado por otro abogado. No veo en qué podría ayudar a su padre mi representación.

—¿No lo ve? Si nos vamos a prometer oficialmente y se da lectura a las amonestaciones, esto afectará a la carrera de mi padre

en Oxford. ¡Su hija estaría comprometiéndose con alguien acusado de asesinato!

Jack se estiró hacia atrás en su silla. Todos sus instintos le advertían que no se implicara con lady Evelyn Darlington, pero ella tenía razón. El escándalo que se produciría afectaría negativamente a la carrera de su padre.

Y le debía mucho a lord Lyndale. Si no hubiera sido por ese excéntrico magistrado, él no se dedicaría a la abogacía, no disfrutaría de su éxito, no tendría más dinero del que sabía gastar, y honestamente ahora no estaría regodeándose con los volubles afectos de la alta sociedad. De hecho, se podría decir que no sería nada de nada; y lo más seguro es que estuviera yendo de putas, y jugando y bebiendo en exceso.

Pero que Evelyn Darlington se fuera a prometer con el presunto asesino a sangre fría de una mujer, no le inquietaba tanto como que lord Lyndale evidentemente desconociera que su hija pretendía contratar sus servicios legales.

Además de la innegable verdad de que se sentía atraído por Evelyn.

Mirando los cautivadores ojos azules de esa mujer, Jack tenía que luchar para mantenerse firme y decidido.

«Una dama no trae más que problemas», pensó. Ella había sido una niña muy descarada, una tirana de las que «lo saben todo mejor que tú», y como mujer madura era salvajemente hermosa. Que lo atrajera era una advertencia para sí mismo. Nunca mezclaba los negocios con el placer. Siempre producía desastrosos resultados en los tribunales.

Su mente daba vueltas buscando excusas. Podría hablar con su padre y explicarle las circunstancias, y sin duda lord Lyndale comprendería su falta de tiempo para aceptar un caso de asesinato. Además, haría un favor a su antiguo maestro informándole de las actividades clandestinas de su hija.

Ella le cogió una mano implorando con los ojos.

—Si el problema es el dinero —dijo— esté seguro de que se le pagará.

Jack se quedó helado y se le tensó cada músculo del cuerpo. Su sangre siempre estaba caliente después de un juicio, y su tacto,

aunque inocente, lo tentaba a acercarse y llevarse un buen botín. Por lo menos un beso. Se preguntaba cómo reaccionaría ella si supiera el efecto que ejercía en él.

—No tiene nada que ver con el dinero —dijo lacónicamente—. Si debo considerar aceptar el caso de su amigo, el señor Randolph Sheldon, insisto en que primero tengo que hablar con su padre.

—¿Mi padre? ¿Por qué?

—Estoy muy en deuda con él. No voy a actuar a espaldas suyas aceptando un caso que implica a su propia hija, por más que ella no sea la acusada.

Evelyn se puso derecha como si de pronto le hubieran apretado los cordones del corpiño.

—Está bien. Si insiste.

—Insisto.

Ella se levantó y se volvió para irse.

—Estoy segura de que es consciente de que mi padre es un hombre muy ocupado...

Él se sacó el reloj de bolsillo con una floritura y después la miró.

—Ahora estoy disponible. Esperaba que el juicio de Slip Dawson fuera a tardar más, así que tengo libre el resto del día. Por lo que recuerdo, a su padre nunca le ha gustado trabajar a la hora de la cena y debería estar de vuelta en casa pronto.

Jack se levantó, le abrió la puerta, y mientras regresaban al vestíbulo principal de Old Bailey le ofreció su sonrisa más encantadora. Se reuniría con lord Lyndale, le explicaría las intenciones de su hija y la razón por la que no llevaría el caso, pero la ayudaría a encontrar un abogado disponible para que defendiera a su futuro prometido, y de ese modo cumpliría con cualquier obligación ética. En unas dos horas esperaba estar de vuelta en su bufete del Colegio de Abogados Lincoln's Inn.

Ya había oscurecido cuando llegaron a la casa de la ciudad de lord Lyndale en Picadilly. Habían ido en distintos vehículos. Evelyn en un coche de alquiler, y Jack en su propio faetón. Pero en cuanto se quedó solo, se quitó la peluca y la toga de abogado. Las dejó en el banco acolchado y se pasó los dedos por el pelo. A ella le había

preocupado su reputación, la idea de viajar sin dama de compañía con un soltero, y a él le vino más que bien adaptarse a sus inquietudes. No quería saber más que lo necesario de sus preocupaciones.

¿Por qué molestarse? No pensaba hacerse cargo de ellas.

Cuando llegaron a la escalera de la entrada, Evelyn llamó a la puerta.

—¿No debería haber abierto ya la puerta el mayordomo de su padre? —preguntó Jack después de que hubiera pasado un minuto.

—Hodges tiene más de ochenta años. Su oído ya no es el que era —explicó ella.

«Típico de lord Lyndale —pensó—. Capaz de tener bajo su ala a estudiantes con problemas, y a un mayordomo anciano cuando la mayoría de los miembros de la alta sociedad se hubieran deshecho de él hace muchos años.»

Evelyn escarbó en su bolsito buscando la llave. La tarea era complicada por la penumbra; sólo la ayudaba la tenue luz de la lámpara de la calle. Finalmente sacó la llave, y cuando la estaba insertando en la cerradura, la puerta se abrió sola al empujarla.

—Qué raro —dijo—. Hodges debió olvidar echar el cerrojo a la puerta.

Entraron en el vestíbulo. También estaba oscuro, y el lugar estaba cargado con el aroma persistente del tabaco de pipa. Ése característico olor le trajo a Jack el recuerdo de Emmanuel Darlington en el estrado de la clase con la pipa en la mano.

—¿Padre? —gritó Evelyn.

Jack dio un paso adelante y se golpeó con un reloj de pared que había en un rincón. Escuchó a Evelyn avanzar arrastrando los pies, y después el sonido del pedernal golpeado con un hierro, pues ella intentaba encender una lámpara.

Con las manos estiradas para evitar volver a chocar con algo, Jack llegó a su lado, pero entonces tropezó con algo que había en el suelo. Escuchó a duras penas lo que parecía un leve quejido, y en ese mismo momento Evelyn lanzó un grito, y algo se estrelló contra el suelo.

Jack se dio la vuelta justo a tiempo para ver que alguien salía disparado. Se abalanzó hacia la persona y la agarró por el abrigo, pero en ese instante un objeto pesado le golpeó la sien.

Capítulo 3

Jack cayó de rodillas con la cabeza latiendo de dolor, y oyó las pisadas que salían corriendo por la puerta y bajaban las escaleras de la calle.

— ¡Evelyn! — gritó.

— Aquí — su voz era débil.

Jack gateó hasta su lado.

— ¿Estás herida?

— Estoy bien... pero mi brazo... Creo que me corté con algo cuando me tiraron al suelo.

— ¿Dónde está la lámpara?

— Se me cayó.

Tanteó por el suelo hasta encontrar la lámpara y el yesquero.

Al encenderla, Evelyn gritó:

— ¡Hodges!

Corrió junto al mayordomo caído. Una estela púrpura de sangre manaba de su frente y manchaba su blanca pechera.

— ¿Está muerto?

Jack se arrodilló y revisó el pulso del anciano.

— No, pero necesita un médico. — Levantando la lámpara estudió el cerrojo de la puerta—. No está forzado. El intruso debió llamar, y al abrir Hodges la puerta, entró a la fuerza.

Los ojos de Evelyn se abrieron como platos y se llevó la mano al corazón.

— ¡Dios mío! ¿Y mi padre?

Se puso de pie, comenzó a andar y él le cogió un brazo. Evelyn entonces dio un grito de dolor y Jack se dio cuenta de que estaba sangrando. Miró a su alrededor y divisó un jarrón hecho añicos en el suelo. Ella tenía un trozo incrustado en el antebrazo.

—Tenemos que sacarte esto y cortar la hemorragia.

—No... mi padre...

A él se le encogió el estómago.

—Quédate con Hodges. Regresaré enseguida.

—¡No!

Su mirada vidriosa revelaba el pánico que sentía. Jack comprendió que ella tenía que encontrar a su padre.

—Necesito un minuto para llamar a la policía y al doctor. Después iremos juntos a buscar a tu padre.

—¿Crees que habrá más intrusos?

—No. Debieron escapar en la oscuridad mientras estábamos en el suelo.

Ella asintió a su explicación.

Él no se entretuvo más y salió a la calle. Era tarde, pero Picadilly era un barrio exclusivo y concurrido. A los pocos segundos divisó un coche de alquiler e hizo señas al conductor.

—Ha entrado un intruso en la casa de lord Lyndale. Avise al policía y al doctor más próximo —le ordenó y lanzó una moneda que el conductor atrapó en el aire.

Jack volvió corriendo a la casa.

—Primero tenemos que revisar la biblioteca —dijo Evelyn apresurada—. Mi padre siempre va a su despacho cuando llega a casa.

Tomándola de la mano, Jack atravesó el salón y se dirigieron a la biblioteca. Había estado allí hacía muchos años, y recordaba que la biblioteca estaba situada en la parte de atrás de la casa. Era una buena idea pensar que lord Lyndale debería estar allí.

Parecía que habían apagado todas las velas de la casa, y Jack tuvo que levantar la lámpara. Cuando llegaron a la biblioteca, Evelyn contuvo la respiración.

La habitación había sido saqueada. Los libros habían sido arrancados de las estanterías, y el suelo estaba lleno de papeles esparcidos. Habían dado la vuelta a los sillones y las tapicerías de cuero estaban rajadas. La alfombra estaba cubierta de relleno de crin de caballo.

A primera vista, Jack pensó que la habitación estaba vacía, pero un movimiento en las cortinas captó su atención. Corrió hacia allí